



La narración del artificio

Sergio Chejfec, uno de los pocos "escritores filósofos" argentinos, habla de su nuevo libro, "La experiencia dramática"

deas

Entrevista con Richard Sennett, un crítico agudo de la globalización capitalista



Revista de Cultura

.446

ClarínX

Sábado 14 de abril de 2012
Año IX, Opcional con Clarín + \$3.50
(precio en la República Argentina)

escenarios

Cultor del flamenco más puro, Farruquito llega a Buenos Aires convertido en una estrella del género



arte

Palabra e imagen: los Diarios de Ricardo Piglia ilustrados por Eduardo Stupía



Dos grandes muestras

El diseño en la vida cotidiana

Exposiciones en el MAMBA y en UADE Art, espacios dedicados sobre todo a las artes plásticas, despliegan más de 200 piezas de diseño industrial argentino de diferentes épocas. Muchas de ellas fueron y son objetos de uso popular que dejaron huella en el imaginario colectivo.

Paradigma de la modernidad. Sillón BKF, diseñado por Antonio Bonet, Juan Kurchan y Jorge Ferrari Hardoy en 1938. Fue premiado por el MoMA de Nueva York en 1941. Hasta 1950, sólo en Estados Unidos, se vendieron cinco millones de unidades.



Silla W, 1946, de César Janello.
 Mateo Mateo, de Estudio Cherny-Demarco.
 Televisión Barret, 1968, de Roberto Napoli.
 Encendedor manual piezoeléctrico Magiclick,
 1968, de Hugo Kogan.



YAMILA GARAB

No es frecuente que se exhiban objetos de diseño industrial en un museo de arte. Menos aun si se trata exclusivamente de piezas de diseño argentino, cuya historia se vincula estrechamente con nuestra vida cotidiana y con la realidad del país. Por eso es tan significativo que en este momento no una, sino simultáneamente dos muestras de diseño industrial en espacios de exhibición de arte de Buenos Aires. Con curaduría del arquitecto Ricardo Blanco y de Laura Bucelatto, en el MAMBA se exhibe **Diseño Industrial Argentino**, una muestra de unas 80 piezas, de las cuales la mitad pertenecen a la colección permanente del museo. A pocas cuadras, en UADE Art, **Diseño Argentino Contemporáneo** reúne 150 objetos, también con curaduría de Blanco. La de UADE Art es en rigor la muestra itinerante que se exhibió por primera vez en 2010, acompañando la presencia argentina en la Feria del Libro de Frankfurt, en el Museo de Artes Aplicadas de esa ciudad alemana. Además, simultáneamente con la muestra del MAMBA, se presentó el lujoso libro **Diseño Industrial Argentino**, en el que Blanco compendia un centenar de objetos icónicos.

Ricardo Blanco, protagonista fundamental de casi cinco décadas de diseño industrial en el país, que enhebra las dos muestras y la publicación del libro, también fue quien introdujo la disciplina en el MAMBA, a fines de los 90.

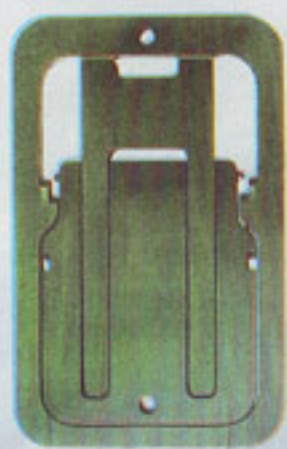
"Yo tenía algunas piezas, aunque nunca fui un coleccionista, y como entendía que ese patrimonio les podía interesar, lo propuse y me lo aceptaron" cuenta, y agrega que exhibir este tipo de objetos en un museo de arte es algo relativamente nuevo, con unos pocos antecedentes como el MoMa de Nueva York. Como ocurre con cualquier manifestación de la cultura, la "historia" del diseño industrial que se puede apreciar en esta colección es también, inevitablemente, una historia del país en que esta producción -tanto intelectual como material- tuvo lugar.

Defensor a ultranza del "diseño de autor", Blanco asegura que el diseño es para él, en primer lugar, "lo que hacen los diseñadores", y aclara que eso que puede sonar a perogrullada o incluso a una visión elitista, en realidad no lo es: a eso se debe que el libro esté ordenado por autores y no por períodos históricos. Luego, completa la definición del diseño industrial como "el arte de lograr que un objeto útil sea también algo bello".

El diseño en la vida cotidiana

La razón y la belleza de los objetos

La conflictiva relación de la industria con el arte aflora en dos muestras de Diseño Industrial Argentino en el MAMBA y en la UADE. Se exhiben unas 200 piezas de diseño de distintas épocas del país, muchas de ellas convertidas en objetos populares que dejaron huella en el imaginario colectivo.



Silla Plaka, 1972, de Ricardo Blanco. Parquímetro electrónico, 1997, de Estudio KLA (Kogan, Legaña, Anido). Sillón Mooby, 2005, de Ernesto Quaglia y Claudia Koen. Calculadora Cifra 121, 1973, de Silvio Grichener. Pencil Dock, 2009, de Yamila Garab.



a diferencia de lo que podría considerarse un diseño anónimo y meramente utilitario. De allí que, tanto en la muestra del MAMBA como en el libro, es posible leer una historia del talento individual que, en diálogo permanente tanto con la industria como con otras disciplinas y expresiones artísticas, engendró piezas de diseño a lo largo de los años.

De hecho, el producto más antiguo —y al mismo tiempo el más célebre— de la muestra es el sillón BKF, un producto típico de la actividad de las elites intelectuales y artísticas vernáculas en contacto con sus pares de Europa. Con su esqueleto de metal y funda de cuero, esta pieza casi escultórica —que también forma parte de la colección del MoMA de Nueva York— fue diseñada en 1938 por los arquitectos Antonio Bonet (catalán), Juan Kurchan y Jorge Ferrari Hardoy para equipar su no menos vanguardista edificio de talleres en la esquina de Paraguay y Suipacha, sin ninguna intención de hacer de él un mueble de producción masiva, como ocurrió más tarde.

“Creo que el éxito del BKF se debe a que significó un cambio de uso: el sentarse de cualquier manera en una nueva arquitectura, y coincidió con la aparición

de un nuevo usuario compuesto por los jóvenes”, comenta Blanco, quien, además, se cuestiona sin complejos si el BKF resulta cómodo para sentarse. El mismo responde: “Frente a un objeto bello, el usuario se esfuerza para aprovecharlo bien y lo ayuda a que funcione mejor”. Con lo cual deja planteado, de paso, el interrogante sobre si el verdadero diseño debe dar respuesta a las costumbres ya establecidas o, al revés, proponer nuevos usos y estilos de vida para un mundo nuevo.

Algo parecido ocurre con la silla W, creada en 1946 por César Janello. Blanco explica que fue inspirada por el BKF, pero que se diferencia de éste por el hecho de que su esqueleto está resuelto con “una sola pieza continua de metal (en el BKF son dos) que va y viene, sin ninguna soldadura”. Y explica que esto constituye “un acto de racionalidad mucho mayor”. Blanco, que fue alumno de Janello en la facultad, establece también una relación de contemporaneidad entre este producto y la corriente escultórica que por entonces empezaba a “trabajar con alambres doblados”, de la que el santafecino Enio Iommi se convirtió poco después en su máximo exponente. Es interesante recordar que Janello fue uno de los arquitectos del

pueblo de Figueroa Alcorta y Puyrredón junto a Silvio Grichener, quien diseñó en 1971 la calculadora de escritorio Cifra, otro de los objetos exhibidos en el MAMBA.

Siempre atento a los cruces entre disciplinas, Blanco toma distancia respecto de cierta concepción ortodoxa del diseño industrial según la cual éste debería ocuparse sólo de concebir productos para ser fabricados en serie y en forma masiva. Recuerda sus viejas polémicas con otro de los pioneros: el ingeniero, escritor y crítico de arte Basilio Uribe, que a principios de los 60 trabajaba en la empresa de plásticos Plastiversal, donde despachaba cantidades literalmente industriales de tapas de inodoro inyectadas, y fue el gerente de Promoción del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI). Riguroso al extremo, a pesar de su formación humanística, Uribe se animó a bajarle el pulgar nada menos que a la célebre Lounge Chair 670, del británico

Charles Eames, con el argumento de que no era un diseño industrial cien por ciento porque tenía... ¡dos soldaduras hechas a mano!

Fue precisamente Uribe quien organizó en 1963 la primera exposición internacional de diseño industrial en la Argentina, y en la que, aunque el fuerte eran los productos de los “países desarrollados”, como se los llamaba entonces, también tuvo cabida por primera vez el diseño argentino. “Era un momento en que se creía en la industria nacional y en la industrialización del país. Esa visión marcó una manera de pensar el diseño en función de la producción masiva que después, lamentablemente, no se hizo realidad”, opina Blanco con la perspectiva histórica que brinda el medio siglo transcurrido.

Militantes modernos

Si se parte de una concepción bien ortodoxa del diseño industrial como la creación de productos que puedan ser fabricados en serie y en forma masiva, el imaginario que rodea al acto de diseño remite a las esperanzas puestas en el advenimiento de una nación moderna e industrializada. Un ideal de progreso económico que, en el caso argentino, casi siempre

se pareció a ese espejismo del asfalto mojado en la ruta: cercano y al mismo tiempo inalcanzable; o directamente lejano y utópico, en las épocas más funestas: ¿cómo olvidar esa propaganda oficial de los tiempos de Martínez de Hoz en la que un usuario sólo podía sentarse cómodamente en una silla con el letrero “made in”? Genocidio de la industria y también del diseño.

Cabe aclarar que en la época de oro de la sustitución de importaciones, a mediados del siglo XX, la industria nacional se había nutrido en general de diseños extranjeros reproducidos con licencia, como las multiprocesadoras Kenwood o las máquinas de escribir Olivetti, por citar dos casos típicos. Fue recién durante los años 60 y 70 que existió en la Argentina un gran desarrollo del diseño industrial que acompañó a la creciente expansión del consumo. Aunque Blanco asegura que alcanzan los dedos de una mano para contar las empresas que apostaron al diseño local (Siam, Aurora, Noblex), es indudable que, durante una década y media, un puñado de diseñadores pioneros tuvo la oportunidad de crear, con excelentes resultados, productos de consumo masivo como electrodomésticos y artefactos electrónicos de audio y televisión que quedaron grabados en la